

PENSAMIENTOS POLÍTICO-RELIGIOSOS

DE

MR. ERNESTO J. RENÁN

INFORME leído por el Excmo. Sr. D. Santiago de Tejada en la sesión de 14 de Octubre de 1873, acerca del libro de Mr. Renán **La réforme intellectuelle et morale**.

A pesar de mi fundada repugnancia á ocupar con mis observaciones la atención de la Academia, no he podido resistir al impulso de dar conocimiento á la misma de una obra literaria que ha llamado muy particularmente la atención de París, según dice la revista de *Le Correspondant* y otros periódicos.

Este libro es de Mr. Renán, y lo titula *Necesidad de una reforma intelectual y moral en Francia*. Bajo apariencias científicas, es una obra de intención política contra lo existente hoy en Francia.

Principia diciendo: « La Francia está gravemente enferma, notoriamente enferma, en peligro; pero su situación no es desesperada.

«Esto indica, añade el autor, que estamos en tiempos de muchas consultas y consejos; de muchos libros y proyectos; de muchos curanderos y de muchos remedios filosóficos, periciales y empíricos. El verdadero, dice Renau, consiste en la reforma intelectual y moral de la Francia.»

Esta obra ha sido escrita después de concluir la guerra con la Prusia. Su autor ha escrito como oprimido por la odiosa victoria de la Alemania. Y no es de extrañar este profundo

pesar, porque Mr. Eenan ha empleado casi toda su vida en escribir en favor de la filosofía, de las costumbres, del racionalismo, del naturalismo y emiiente civilización filosófica de la Prusia, á quien llamó años há la primera nación que ha sabido por ciencia segura y por sistema desprenderse de las antiguas preocupaciones religiosas, católicas, y abrir el camino de la verdadera filosofía independiente de los extravíos de la fe, y trascendental á todos los conocimientos humanos.

Grandes lecciones ofrece para la Europa, y especialmente para la Francia, lo que en esta obra confiesa Mr. Renán, dando en ella pruebas lamentables y evidentes de sus errores filosóficos y políticos, y de su muy escasa penetración en la vida interior de los pueblos.

«La Alemania, dice en esta obra Mr. Renán, confieso que ha sido mi maestra y mi guía, y la estrella que ha dirigido á mi inteligencia.

«Confieso que le debo lo que hay de mejor en mi espíritu y en mi saber. Juzgúese, añade Mr. Renán, lo que yo habré sufrido en estos dos últimos años; lo que yo habré sufrido al ver en hechos notorios del Gobierno, del ejército, y, lo que es más, de la nación prusiana que me había enseñado como á otros, en más puro y racional idealismo, á burlarse prácticamente de todo lo más elevado y trascendental que hay en el hombre y en la sociedad, saciando sus venganzas en las estrechas y materiales miras de un patriotismo viejo, bárbaro y exclusivo. Juzgúese lo que yo habré sufrido, continúa, cuando he visto la patria de Kant, de Ficht, de Hegel y de Schelin convertida en un ejército de las edades de la barbarie; cuando he visto que el pueblo que yo había presentado á mis compatriotas como el modelo, como el más inteligente, como el más moral y civilizado, se ha presentado ante la Europa bajo la forma repugnante de un soldado brutal, parecido al de los tiempos de Valsteim en el siglo x, bárbaro, borracho y desmoralizado; cuando he visto á la Alemania calificar de ridículo y hasta de criminal el primer deber del ciudadano, la defensa de la patria. ¡Qué desengaño tan amargo para los que como yo

habían visto en la ciencia y civilización alemana el seguro y providencial porvenir de la humanidad!»

Las desgracias de la Francia las atribuye principalmente este célebre y sabio médico político al sufragio universal y á sus consecuencias corruptoras en el orden moral y social, y también á los errores y funestos ejemplos de los parlamentarios que hicieron ilusoria por las conspiraciones y por la fuerza militar en 1850 la autoridad de la antigua monarquía.

Estos han sido los errores más graves en que incurrió años há el pueblo francés ensayando por la pasión política dos medios políticos, el parlamentarismo y la democracia numérica, que en todos los pueblos modernos han producido y producirán la asfixia del poder y la anarquía social. «Estos grandes errores, dice Mr. Renán, han sido en nuestro tiempo efecto de otros gravísimos en el último siglo; porque los franceses, dice, forman el pueblo más tristemente ilógico que hay en Europa para ser consecuente en sus desaciertos. »

La antigua monarquía formó la Francia, y bajo su imperio fué nación grande, popular y gloriosa. La dinastía de los Capetos entró en la fatal dirección democrática combatiendo las aristocracias, alas que bajo distintas formas pertenece en todos tiempos el Gobierno. Y la crisis religiosa y social en que nos encontramos ha dimanado de las innovaciones prematuras, presuntuosas y arrogantes de los hombres apasionados y violentos é inexpertos que á fines del siglo último se apoderaron del Gobierno de la Francia.

«Estos hombres, añade Mr. Renán, desconocieron que la Francia, como gran nación, era obra de la antigua monarquía: creyeron equivocadamente que podían gobernar sin un Rey, y no alcanzaron que, suprimido el poder y la Majestad, el Rey> clave de la bóveda, todo el edificio venía á tierra.»

La falsa ciencia política de Rousseau los extravió: cayeron en la ilusión de escribir una Constitución *á priori*, sin advertir siquiera que la nación vecina, la Inglaterra, la más constitucional de todas, no ha tenido jamás una verdadera Constitución escrita.

La Constitución de Luis XVIII ha sido, según el juicio de Renán, la menos mala que ha tenido la Francia, porque sus fundamentos arrancaban de la historia gloriosa del derecho francés. Y deplorando su violación por las célebres Ordenanzas, deplora todavía más que, retiradas éstas y vencido el Rey, no se hubiese detenido el pueblo francés y mantenido en su palacio al Rey legítimo dentro de aquella Constitución.

Desde entonces, según Renán, además de la usurpación de la segunda rama, no ha presenciado la Francia sino una serie de conspiraciones y crímenes en rápido crecimiento, hasta llegar al sufragio universal, en beneficio de cinco millones de rústicos aldeanos, elevados á hombres políticos por el pretendiente al imperio, arrastrado éste por las pasiones de la Francia y por la victoria del aparente sufragio al golpe de Estado de 2 de Diciembre, funesto para la libertad, cuya política, sostenida por la Francia en progresos de la inmoralidad, abrió, el camino desastroso de la guerra última.

Todas estas calamidades, menos la declaración de la guerra, las pone Mr. Renán á cargo de la Francia, no del Emperador Napoleón, que fué, según dice, un débil editor de los desaciertos de los que lo rodeaban.

Según Renán, Napoleón III valía más, y entendía mejor y quería con mayor energía que la Francia; era superior en sentido político á la mayoría de la nación; quería sinceramente el bien; propendía siempre, aunque errando en los medios, á la elevada cultura de la humanidad; y bajo muchos conceptos, dice que estaba en completa disidencia con los que le habían nombrado, cuyo juicio no es en verdad muy lisonjero para los ocho millones que le dieron su voto en 1852.

Entra después Mr. Renán á examinar las causas de tan bu-millante degradación intelectual y moral, y las ve en el predominio exclusivo de la democracia anárquica que se apoderó del Estado, gracias á la política desacertada y egoísta de los Reyes en los últimos tres siglos, descargando golpe sobre golje, incesantemente, sobre las aristocracias de la Francia antigua que, cobardes primero en su defensa, se humillaron después á

ser cortesanas , sin atender al gran ejemplo aristocrático inglés, que cuando tiene, como éste, raíces en la sociedad, es un elemento esencial para todo Gobierno.

« La civilización humana, según la historia universal, continúa Renán, ha sido siempre, desde su origen, una obra verdaderamente aristocrática; es decir, la obra de un pequeño número de sabios, prácticos, nobles, de ricos y de sacerdotes que la han impuesto por medios combinados que los demócratas llaman fuerza é impostura.» Y añade: «La conservación y progresos de la civilización ha sido también y deberá ser, según las leyes de la historia, una obra esencialmente aristocrática.»

Patria, honor, deber son, según Renán, sentimientos formados y mantenidos siempre por un pequeño número en el seno délas multitudes, que, abandonadas á sí mismas, los hubieran dejado perecer.

« La Francia, repite, como nación es hija de los reyes, de la nobleza, del clero y del tercer estado. El pueblo propiamente dicho, es decir, los que viven del trabajo diario material á jornal, hoy dueños absolutos déla casa, son realmente (*des/relons*) abejones que se han apoderado del panal que ellos no han construido.

»De esta intrusión, dice Renán , nació todo el mal, porque estos intrusos que han venido á comerse la miel, ni saben , ni quieren, ni pueden hacer un buen uso de ella. El pueblo, desde el siglo xvi, se ha desmoralizado profundamente. ¿Sabéis por qué? Porque se le prohibió el protestantismo, que lo hubiera educado dignamente.»

Aquí pudiera decirse á Mr. Renán cómo ha educado á los prusianos, á los cuales, en otra parte de su libro, presenta como una soldadesca desmoralizada, que ridiculiza el deber y califica de crimen la defensa de la patria.

Pasemos sobre estas contradicciones tan repugnantes y por la extraña idea de que la Francia, por ser católica, valga menos que la Prusia protestante, incapaz, según él mismo, de comprender las leyes, deber del egoísmo y de la generosidad. ¿Qué

remedio propone contra todos estos males, tan antiguos y tan exacerbados hoy ?

El remedio lo cree muy difícil, porque el espíritu, la inteligencia y el corazón de la Francia están todavía, á pesar de tan terribles desastres, impenitentes: no se han desengañado; siguen siendo orgullosos y vanos. Porque el errado movimiento industrial, económico y socialista es el mismo que en tiempo del Imperio. Y mientras no haya un cambio fundamental en los sentimientos, en la moralidad y en el trabajo de la Francia, caminará como hoy hacia nuevos abismos.

Acaso de la humillación y oprobio en que está, se levante por el profundo dolor de haber perdido dos provincias y dos millones de franceses, además de la exorbitante indemnización. La Francia tiene un puñal clavado en su corazón, y de esta herida debe brotar, ajuicio de Mr. Renán, la reforma moral, inteligente y profunda de que necesita; y el remedio supremo que propone para ello consiste en aconsejar á la Francia que haga lo que ha hecho la Prusia desde que fué derrotada en .lena; es decir, que la Francia se proponga como modelo á esta misma Prusia, que el mismo Renán ha calificado de inmoral, depravada é incapaz de comprender los elevados deberes de la virtud, del egoísmo y de la generosidad.

« Sí, la Francia, añade, quiere, en verdad, su regeneración intelectual y moral, que sostenga el protestantismo, que es la idea fecunda de la libertad religiosa y moral; que rompa sus lazos con el catolicismo, que no es compatible ni con la verdad filosófica ni con la libertad; que sea cristiana, pero sin empeñarse en sostener la divinidad de su autor ni las otras creencias impuestas á la razón humana por autoridad incompetente; que no admita más filosofía que la que tenga su origen y fundamento en la inteligencia humana; que no reconozca en el orden social otros títulos de dominación sino la virtud, la ciencia y la utilidad; que desconfíe de las democracias que se imponen por la riqueza y por el número ; que reconozca y se eleve y se obedezca á una autoridad poderosa que venza las inconstantes voluntades populares ; que no se alucine con lo que la historia

cuenta de la raza de los galos, ni expulse de su seno el vigoroso impulso de los germanos.»

Tal es la dirección que Renán aconseja á la Francia para que pueda levantarse de su postración y regenerarse moral y filosóficamente; y al mismo tiempo que en su obra reconoce que el protestante prusiano de nuestro tiempo es incapaz, como lo ha acreditado en la última guerra, de elevarse á comprender y ejecutar los sentimientos de derecho, de heroísmo y de generosidad, no se contenta con presentar á la Prusia como modelo, sino que extiende su predilección á las instituciones, costumbres y sentimientos prusianos, infundiendo, si pudiera, en los corazones franceses la sangre de sus conquistadores.

¿Son dignos de examen ni de refutación los consejos de Renán para que la Francia se regenere intelectual y moralmente?

¿Se concibe siquiera por ningún filosofo verdadero, por ningún hombre pensador, la restauración intelectual por los consejos de un hombre que ha proscrito las grandes verdades religiosas negando la divinidad de su autor y las doctrinas que rigen en todos tiempos al hombre y á las sociedades, y que forman único depósito de la verdadera civilización, según se acredita por la historia y por la vida de los pueblos cristianos?

¿Se concibe siquiera la idea de restauración intelectual mutilando la inteligencia, decapitando la humana razón, y declarándola independiente de Dios, y rompiendo el vínculo de dependencia que la une á su Criador, y que la eleva y la engrandece, y que la fecunda prodigiosamente?

¿Se concibe siquiera la idea de restauración moral proscribiendo el origen divino de la moral y de la justicia como reglas inalterables de la vida humana, independientes de la inteligencia y de la voluntad del hombre?

¿Se concibe siquiera la idea de restauración moral entregando al hombre á las veleidades, á los errores, á las miserias y fluctuaciones del libre examen y de la razón independiente, declarándola como criterio único, como juez supremo de todas las acciones humanas?

¿Se comprende siquiera la idea de la restauración moral

negando la existencia de las leyes divinas ofrecidas al hombre como regla, como guía, como ley para todos los actos de la libertad humana?

Y después de los desastres y amarguras y desolación que acaba de sufrir la Francia, ¿no es doloroso, no es de tristísimo presagio que llamo la atención en París y merezca aplausos un hombre y un libro que sobre tantas ruinas aspira á dirigir á la Francia negando las leyes de la fe, de la verdad divina y de la moral cristiana, cayendo así en los errores de los sofistas y de los ateos que tanta parte han tenido en la perdición de Francia?

Deplorables son, por último, los errores y las contradicciones de Mr. Renán cuando en su libro hace el elogio de la antigua monarquía histórica y propone como prendas de orden y de seguridad un *cesarismo* que todo lo domine, sin proceder ni del antiguo derecho ni la voluntad democrática del sufragio universal: un cesarismo que se apoye sobre la más vigorosa dominación de la ciencia y de la virtud, entendidas, por desgracia, al servicio de la voluntad del César y tan erróneamente como las entiende y proclama Mr. Renán.

Este libro señala claramente un periodo de decadencia y perturbación en las facultades intelectuales de Mr. Renán. Las ideas más inconexas le dominan, sin exponer ninguna que le sirva de norte y guía. Quiere ser prusiano y francés, sofista independiente y cristiano sin fe, defensor de la libertad bajo los auspicios de una autoridad cesárea. Sólo hay consecuencia en sus antiguos errores religiosos y morales. Y con ellos no es posible ni restaurar en Francia el orden intelectual y moral, ni fundar ningún Gobierno que defienda los sanos principios sociales y desenvuelva y fecundico todos los intereses legítimos, todos los derechos que emanan de la justicia, todos los sentimientos que ennoblecen á la humanidad.

Renán, hombre de muy distinguida inteligencia y de gran erudición, según este y otros muchos escritos, ha hecho un uso funesto de las facultades que recibió de su Criador, y sólo ha llegado á tenor en nuestros tiempos una ruidosa y funesta celebridad.

Así sucede, señores, siempre que el espíritu del hombre se levanta contra las eternas verdades de nuestra fe, y erige su razón independiente y su extravío en legisladora universal de su voluntad; y cuando, en su orgullo, no reconoce las leyes morales y religiosas del orden social.

La vida de este hombre célebre forma un contraste singular. Su principio y su fin tocan en los dos puntos extremos que pueden comprender dentro de sí los más opuestos sentimientos de la vida humana.

Principió Renán la suya en los primeros años de adolescencia por un acto religioso verdaderamente memorable. Entró con gran devoción en la congregación de María, erigida en el seminario de Eguier, su patria, y el primer acto que dentro de dicha congregación ejecutó fué su solemne consagración á la Virgen María para toda su vida, escrito de su puño y letra, y que existe en los registros de la misma congregación, y cuyo literal tenor es el siguiente: «Señora, yo, Ernesto José Renán, os elijo en este día por reina, abogada y protectora mía, cerca de Dios, para que seáis mi gloriosa Madre, bajo los auspicios de vuestro Hijo unigénito Tomo desde hoy la decisiva resolución de dedicarme á vuestro servicio; de no abandonar más vuestro culto, en todos los días de mi vida, y especialmente de no hacer ni decir cosa alguna contra Vos, ni permitir que los que dependiesen de mí cometan con sus discursos y ejemplos el más ligero atentado contra el honor y homenaje que os son debidos, Señora, *por todos los siglos*.» Después de este acto de consagración á María, seguía sus estudios á pesar de su quebrantada salud, pues desde niño vivía como de milagro. Se distinguía desde sus primeros años por consagrarse al estudio, á la meditación y á las oraciones á la Virgen, aun aquellas horas que sus compañeros empleaban en juegos y diversiones. Aspirando desde su juventud al sacerdocio, entró en el seminario de Fregesier, cumpliendo exactamente con todos sus deberes religiosos y con un estudio siempre extraordinario. Era de condición dulce, humilde, afectuoso, modesto, reservado; asistía, como un buen cristiano, á todos los actos religiosos con manifiesta piedad y

comulgando dos ó tres veces cada semana. Sus maestros, y hasta sus condiscípulos, le llamaban San Luis, por su candor y su inocencia. Entró en el gran seminario de San Sulpicio con el cargo delicado de catequista. Montalembert, atraído por su nascente fama, fué un día á oírle con el padre Lacordaire, y al salir dijo : « Este jóven es un digno discípulo de *Bossttet*. » Creció con la edad su muy notable devoción á la Madre de Dios, y decía frecuentemente á sus compañeros que todas las gracias que recibía del Señor las debía especialmente á su Madre Santísima desde que entró en la referida congregación.

Por desgracia, al salir de su primera juventud, y siguiendo con insaciable avidez sus estudios filosóficos, abandonó sus creencias y sus sentimientos religiosos, saliendo del seminario en el estado infeliz y extraviado que demostraron después sus escritos. Un día se encontró en una calle de París á dos jóvenes eclesiásticos y compañeros de colegio, Mr. Lijar y Mr. Gallimau, y penosamente sorprendido, les preguntó:— «¿*Seguís creyendo?*»—Y le contestaron:— «Cada día con mayor firmeza.»— «¿*Sois felices?*»—les replicó. Y con su semblante turbado é inquieto, se separó de ellos triste. Siguió por el mal camino, vacilante en todos sus asertos, sin encontrar nunca la verdad, víctima de la duda en todas las materias religiosas, morales y filosóficas. Sus obras revelan la desgracia, el sufrimiento y las inquietudes y vacilaciones que amargaron su existencia; la Iglesia ha condenado sus errores y absurdos escritos. Las clases más elevadas han protestado contra sus impías veleidades; y hasta escritores célebres, enemigos del catolicismo, han rechazado sus falsos y contradictorios asertos.

Y pertinaz en sus errores, y al entrar en una triste y precoz decadencia física, ha causado en el mundo científico, y religioso el gran escándalo, publicando su última obra, titulada *El Antecristo*, que por respeto, siempre debido á las grandes verdades que forman entre los hombres el gran patrimonio de la verdadera ciencia, nos abstenemos de analizar, por no renovar siquiera la memoria de las falsedades y absurdos que contiene, un libro tan deplorable.—SANTIAGO DE TEJADA.